

# BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,  
DE CADIZ.

---

## HOSPITALIDAD DE UNA IDEA.

---

Nuestro humilde BOLETIN no ha sido olvidado por ese espíritu de caridad ardiente y de celosa obediencia desplegado por la autoridad superior de esta provincia, con ocasion de las disposiciones que se ha dignado adoptar el Gobierno para mejorar la suerte de las familias que han sido víctimas de los furores del Cantábrico.

Tambien el director de nuestra modesta revista ha recibido un oficio concebido en los siguientes términos:

"GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE CÁDIZ.—*Seccion 3.ª—Beneficencia.*—El Gobierno de S. M., en su deseo de aliviar la triste suerte de las desvalidas familias de los náufragos del Cantábrico, ha acordado abrir una suscripcion nacional para tan laudable objeto, la cual comienza á dar resultados altamente satisfactorios entre todas las clases sociales que se apresuran, dando una prueba más de sus piadosos sentimientos en favor de los desdichados, á contribuir con su ofrenda al más favorable éxito de dicha suscripcion.

Al participarlo á V. espero que, penetrado como se halla del fin altamente benéfico que se propone el Gobierno, coadyuvará al mejor éxito de la suscripcion iniciada promoviéndola al propio tiempo entre sus abonados, esperando se sirva participar oportunamente á este Gobierno el resultado que se obtenga y remitir las sumas que perciba con destino á tan meritoria obra.

Dios guarde á V. muchos años.

Cádiz 9 de Mayo de 1878.—FEDERICO DE SAWA."

Dos razones tenemos para agradecer vivamente este oficio: es la primera, la circunstancia de no vernos olvidados, ó lo que pudiera ser peor, desdeñados, como sucedia en tiempos en que

Mayo 15, 1878.—Tomo IV.—Núm. 19.

nuestras relaciones con la autoridad nos procuraban frecuentes luchas contra la preocupacion más ciega ó el desprecio más punzante, y no pocas heridas consumadas contra la respetabilidad de una idea y la grandeza de un propósito, no bien entendidos ni considerados. Felizmente estos tiempos ya han pasado y tenemos un puesto que nos honra en la mente de nuestras autoridades, y un lugar decoroso, aunque deba ser el último, en la estimacion y la cortesía de nuestros jefes ilustrados y de nuestros altos y galantes dignatarios.

Es la segunda cosa que hemos de agradecer, la ocasion que se nos ofrece de mostrar á cuantos han calumniado nuestro sentido moral y puesto en duda nuestra filantropía, cuan dispuesta se halla la SOCIEDAD PROTECTORA á la práctica de los principios humanitarios y con que doloroso afan acoge toda indicacion que puede moverla hacia la caridad; como responde á todo llamamiento hecho á su sensibilidad y como se dispone, en bien de sus semejantes, á dar hospitalidad dentro de su limitada esfera á pensamientos que no le pertenecen de un modo directo y que podría rechazar como estraños á la interpretacion estricta de sus Estatutos y á la índole propia de su institucion.

Mas entendiendo que el fin de la correccion de hábitos crueles es afine al de la práctica y sostenimiento de los afectos filantropicos, y que proponiéndose la suavizacion de las costumbres y la moralizacion de la vida, esta SOCIEDAD no puede ser estraña al sufrimiento del prójimo ni al deseo de ver aliviadas las penas del infortunio ni las angustias de la pobreza, cede dócilmente á la solicitud de la autoridad, se coloca de su parte en empresa tan noble y justa, y se decide á cooperar al resultado benéfico que habrá de obtenerse en toda España, concurriendo, en la medida de sus fuerzas, á la suscripcion nacional promovida por el gobierno.

Al efecto, abre la SOCIEDAD PROTECTORA gaditana otra suscripcion voluntaria en las páginas de su BOLETIN, para remediar las desgracias producidas por las tempestades de la costa cantábrica en el seno de las familias de aquellos desventurados pescadores, que arrostraron, por buscarl el sustento para ellas, el peligro de los mares enfurecidos, hallando en el abismo una horrible muerte.

La SOCIEDAD escita á sus amigos y abonados á remitirles su limosna en el más breve plazo posible, á fin de rendir sus cuentas

ante la autoridad dentro de un mes, á lo más tardar; y les advierte que no les retraiga la propia pobreza de concurrir á esta bella obra, porque más vale el céntimo del trabajador que el centín del capitalista. Ya sabe esta SOCIEDAD que no son ricos sus amigos por lo general; que no hacen presa las grandes ideas en corazones metalizados ni se compajinan con frecuencia los intereses materiales, con los deseos de civilizacion y progreso morales y científicos: ella misma no es rica tampoco; mas el tesoro de la caridad cabe en todos los pechos y basta el deseo vivísimo de hacer el bien, para exprimir las bolsas más exhaustas.

Cualquiera que sea la cantidad que se reuna, y de la que el BOLETIN dará exacta noticia, esta Junta Directiva la entregará con gran satisfaccion á la autoridad superior de la provincia, despues de agregarle lo que por si misma pueda dedicar á tan alto objeto.

Es la vez primera que hacemos un llamamiento de esta especie á la generosidad y buenos sentimientos de nuestros consocios: ofrecemos escasear las ocasiones para no molestar con la exigencia de sacrificios, más penosos por imposibles de cumplir espléndidamente que por inmotivados y frecuentes; así pues, la SOCIEDAD espera que se la dispense por haber cedido á la indicacion de la autoridad, y por haber querido demostrar cuanto se engañan los que pretenden que tuercen sus sentimientos cuantos se dedican al protectorado de los animales y permanecen insensibles á la desdicha humana.

Jamás ha pensado la PROTECTORA en hacer guerra á la humanidad en defensa de los seres que pueblan la escala zoológica: ha hecho, sí, y continuará haciendo guerra á la crueldad, á la tiranía, á la ceguedad y á la obstinacion, en nombre de la moral, la justicia, la racionalidad y el progreso.

Por lo demás, la SOCIEDAD PROTECTORA, como institucion social, se reconoce en el deber, y cúplelo con doloroso apresuramiento, de colocarse al lado del gobierno para aliviar los males de sus compatriotas, y hacer todo género de beneficios á sus semejantes.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

## DESCANSE EN PAZ.

Un deber tan triste como imprescindible, pone en nuestras manos la pluma para consignar un suceso doloroso; un nefasto acontecimiento que ha producido honda impresion en la sociedad gaditana.

Queremos referirnos al inopinado fallecimiento del Sr. D. Manuel del Castillo y de San Vicente, á cuya sensible pérdida han dedicado sentidas frases todos los periódicos de Cádiz; y ya que nuestro BOLETIN, por la circunstancia de aparecer tan sólo dos veces cada mes, no ha podido ser el primero que tributase este homenaje de respetuosa admiracion y de afectuoso recuerdo al ilustre difunto, acude hoy á depositar una modesta flor sobre la recién cerrada tumba de nuestro llorado amigo.

Si aquellos que profesaron opiniones contrarias á sus opiniones en el campo de la política, si los que fueron, no sus enemigos—que hombres como el Sr. del Castillo no los tienen, ó al ménos no deben tenerlos—pero sí sus adversarios, descubren sus frentes ante el féretro que encierra los mortales restos del cariñoso padre de familia, del intejérrimo político, del ilustrado y habilísimo jurisconsulto y del virtuoso ciudadano, y todos dan el más elocuente testimonio de su justo dolor, ¿con cuanta mayor razon nosotros, que teníamos la suerte de llamarnos sus compañeros en la civilizadora obra proteccionista, no debemos llorar su pérdida con toda la efusion de nuestras almas?

Al recordar las relevantes dotes del que fué nuestro consocio, acude involuntariamente á nuestra memoria la eterna é invariable exclamacion con que el vulgo acoje las doctrinas proteccionistas y pretende zaherir á los que las sostienen y practican:—*Más valiera que esa compasion, ese interés y esos recursos los emplearan en socorrer á los necesitados. ¿Por qué preferir al animal? ¿No debe ser primero el hombre?*—A pocos de nuestros consocios cuadrará ménos que al Sr. del Castillo la amarga é injustísima acusacion que se contiene en las frases que dejamos subrayadas. Sin aludir para nada á las constantes pruebas privadas de su ardiente caridad, y limitándonos á hechos que pertenecen á su vida pública, recordamos, entre otros, los que á continuacion someramente consignamos.

En la época en que formó parte del Municipio gaditano, desarrollóse en esta ciudad una terrible epidemia de *cólera morbo*; y en tan triste ocasion el Sr. del Castillo y de San Vicente, miembro de la comision de socorros y auxilios, se distinguió notablemente por su talento organizador, por su actividad y por su celo, hasta que cayó atacado por la enfermedad contagiosa.

Nombrado más adelante individuo del Consejo de Provincia, no percibió jamás el sueldo anejo á su carácter de Consejero, cediéndolo primeramente con destino á los gastos ocasionados por la guerra de Africa, y una vez terminada esta, á diferentes objetos altamente benéficos, como redencion de quintos y el costear títulos profesionales á alumnos pobres y distinguidos.

Cuando recientemente el Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, intentando llevar á cabo un pensamiento iniciado en la Sociedad Económica de Amigos del Pais, excitó al vecindario para que contribuyese á la fundacion de un Monte de Piedad y Caja de Ahorros, el Sr. del Castillo y de san Vicente se suscribió por una suma superior á las que han ofrecido todos los demás donantes, á excepcion de la casa de los Sres. A. Lopez y C.<sup>a</sup>

Había sido Decano del Ilustre Colegio de Abogados, y en la época de su muerte desempeñaba los cargos de Presidente de la Sociedad Económica Gaditana de Amigos del Pais, y Vice-Presidente de la Liga de Contribuyentes y del Consejo de Caballeros Hospitalarios.

Véase, pues, si aquellos rasgos de su carácter, aquellas pruebas de su filantropía, de su patriotismo y de su desprendimiento, así como estas muestras de las laudables empresas á las cuales consagraba su atencion y en las que empleaba su actividad, no dicen claramente que su vida estuvo consagrada al bien de sus semejantes; y sin embargo, aún pudo dedicar algun tiempo á pensar en la obra protectora y todavía halló fácilmente en su corazon un exceso de benevolencia para los séres inferiores. Un hombre de su privilegiado talento, no podía menos de comprender la gran trascendencia de las doctrinas que esta SOCIEDAD sustenta, así en el órden moral como en el material, y por eso tuvimos la honra de contarle en nuestras filas como uno de nuestros más constantes consocios.

En el cortejo fúnebre, que fué lucidisimo, como era natural, dadas las universales simpatías que disfrutaba el difunto, tuvo

representacion nuestra SOCIEDAD por medio de una numerosa comision que tambien asistió á los funerales; y el Sr. Vice-Presidente D. Rafael Carrillo llevó, en nombre de la misma, una de las cintas del féretro: últimas pruebas del afecto que merecía á sus consocios, y del sentimiento producido por su pérdida.

Al terminar estas líneas, enviamos en nombre de esta PROTECTORA el más sentido pésame á la acongojada familia del señor D. Manuel del Castillo, uniendo nuestro dolor á su dolor acerbo.

J. DE RIVAS.

---

## LAS CORRIDAS DE TOROS EN ESPAÑA.

---

### DEDICATORIA.

M. I. Sr. Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del Pais.

Al dar á la imprenta las siguientes líneas, me ha asaltado la idea de dedicarlas á quien pudiera prestarlas con su nombre una importancia de que carecen. Al intentarlo, no busqué ningun potentado; sino una persona que con sus actos hubiese ya dado pruebas de su amor al pais y de estar dispuesta á continuar sus esfuerzos en favor del pueblo, moralizando sus costumbres, premiando sus virtudes y mejorando su condicion.

La distinguida Sociedad que V. S. dignamente preside, ha dado en poco tiempo repetidas muestras de un celo que el pais aplaude; y no seré yo por cierto el que desprecie la ocasion de someter á su buen criterio el interés que pueda tener la abolicion de las corridas de toros, verdadera degradacion de nuestras costumbres. La *Económica*, pues, es la persona que yo buscaba.

No falta quien considera imposible intentarlo, por lo arraigadas que están las corridas de toros en toda España: pero los tiempos cambian y es preciso que con ellos desaparezca cuanto nos envilece y degrada. No hace un siglo que en nombre de Dios se quemaban en España hombres vivos; en nombre de la ley se azotaba en las calles y plazas á hombres desnudos de medio cuerpo arriba montados en burros; y en nombre de la ordenanza los cabos de escuadra del ejército llevaban constantemente *una vara sin labrar, del grueso de un dedo regular*, con la cual pegaban á un hombre como un carretero pega á una mula. Todo esto estaba arraigado, se respetaba, se aplaudía. Hoy se recuerda con horror y con vergüenza la práctica de tales medidas.

La *Sociedad Económica de Amigos del País*, que tantos bienes procura y con un celo nunca bastante encomiado, dá constantes pruebas de conocer su elevada mision, que cumple con general aplauso, creo que es la merecedora de que se la dedique un trabajo que, si escasea en mérito, promete grandes resultados, si con eficacia en favor de la ilustracion del país, se dedica con su poderosa influencia á cortar de raiz tan grave mal.

Dígnese esa Sociedad admitir mi humilde presente, desnudo de frases lisonjeras y emanado solamente de una profunda conviccion. En cuanto al estilo franco y sencillo con que me expreso, diré con un poeta antiguo:

"No es descrédito del númen

La cortedad del incienso."

B. L. M. de V. S. respetuosamente S. S. S.—ANTONIO FAJAS Y FERRER.

### LAS CORRIDAS DE TOROS EN ESPAÑA.

Las *corridas de toros* segun refieren las crónicas, principiaron en España á formar parte de las diversiones públicas en 1110. Si en su origen distaban mucho de tener el carácter bárbaro que tienen hoy, en todos tiempos han merecido la reprobacion de las personas sensatas.

La descripcion que hace Florian en su Gonzalo de Córdoba, y las que posteriormente han hecho cuantos escritores se han ocupado de su inconveniencia para entretener al público, me relevan de esta tarea: pero se debate esta cuestion por apasionados y antagonistas del toreo, y tambien me ocurre echar un cuarto á espadas, entrando de lleno á emitir mi opinion, sin detenerme en inútiles digresiones. Al grano.

En 1328, con motivo de las fiestas que se celebraron en Zaragoza para la coronacion del rey Alonso, dice Zurita, que cada parroquia envió su toro con la divisa de las armas reales para las *corridas* que con tal motivo se celebraron. En una de ellas murió en las astas de un toro el primogénito del duque de Alba, cuya desgracia lamentó Lope de Vega en una de sus composiciones poéticas.

Recientes están las manchas de sangre que, derramada en las plazas de España por los toros que se han lidiado, han causado la muerte, no sólo á los lidiadores, sino tambien á los pacíficos vecinos de las aldeas por donde pasaron al ser conducidos al lugar del sacrificio. Muchas veces tambien hubo toros que saltaron la barrera, invadieron el tendido, y sembraron la consternacion en los espectadores cuya idea era divertirse.

La autorizada voz del diputado Olózaga, inició en el Congreso en 1862 la idea de prohibir las *corridas de toros*. El señor ministro de Estado á la sazón, dijo algunas palabras en igual sentido; pero todo ello pasó des-

apercibido, cuando no criticado por el resto de los representantes de la nacion.

En aquellos días habían acontecido multitud de desgracias. El picador Calderon en Cabra, el espada Domínguez en Sevilla, el espada Ponce en Sevilla, el Tato en Granada y Pepete en Madrid, habían muerto ó quedado inútiles en pocos días, siendo sus miembros degarrados y sus cuerpos pisoteados ó tirados al aire por el toro; por ese animal que vivo es el auxilio del hombre, y muerto le sirve de alimento.

En 19 de Julio de 1832, al trasladarse los toros de la *corrida* que se li-  
dió en Barcelona al siguiente día, mataron á un pacífico labrador en Ser-  
dañola y estropearon á otros dos, uno de los cuales murió á los pocos  
días.

En Julio de 1833, en una *corrida de toros* celebrada en Valencia, el  
picador Manuel Fuentes fué pisoteado por un toro que le destrozó la ca-  
ra y le saltó un ojo, llenando de pavor á los espectadores que iban á di-  
vertirse.

En aquel mismo mes, un jóven de 18 años que tranquilo presenciaba  
en Orihuela el pase de los toros al encierro, fué acometido y muerto en el  
acto por uno de ellos. Esta vez el pueblo no se divirtió.

En aquellos días se dió en Albalah una *corrida*, en la cual hubo un  
muerto y dos heridos.

El 3 de Julio de 1834 el espada Mendivil fue herido en la *corrida  
de toros* de Zaragoza, temiéndose que moriría en aquella misma noche.

El 17 del mismo mes, salió en la plaza de Barcelona, una mujer á pi-  
car un toro: tambien fué herida gravemente y falleció á los dos días. Me  
ocurre preguntar: ¿Es esta la mision de la mujer en la tierra?

A principios de Junio se dió una *corrida de toros* en Madrid, en la  
cual el banderillero Mariano Anton fué tirado al aire dos veces por un  
toro que jugaba con aquel español como pudiera una niña jugar con su  
muñeca. El pueblo se divertía viéndolo.

En Junio de 1865 se dió en las calles de Murviedro una *corrida de  
toros* que estropeó á catorce personas, de las cuales murieron dos en el  
acto y se hizo amputacion á otras dos.

En aquel mismo mes, se establecía en Zaragoza una sociedad tauro-  
máquica con el título de, *El asta de oro*. En Murviedro se divertían,  
mientras en Zaragoza procuraban ilustrarse.

En Julio de 1866, se dió en el pueblo de Ruzafa una *corrida de novi-  
llos* que hirieron á seis individuos, de los cuales murieron dos. El pueblo  
se divirtió con esta fiesta española.

En 15 de Abril de 1867, en una *corrida de toros* que se dió en Zara-  
goza, un picador cayó del caballo, el toro le embistió y quedó muerto  
en el acto. Algunas mujeres, que tenían hijos, le rezaron un *Padre  
nuestro*.

En 16 de Junio, en una *corrida de toros* que se dió en Barcelona, un

picador se rompió el brazo derecho. El pueblo le apostrofó llamándole *Bruto*.

En 4 de Agosto de 1837, en una *corrida de toros* que se dió en Barcelona, el espada Mateo Lopez fué tirado al aire por un toro, y vuelto á coger le entró el asta por el cuello destrozándole la mandíbula inferior y muriendo poco despues. El pueblo aplaudió al toro que ni dió las gracias.

En aquellos días, en Alcira, un toro cogió á un jóven abogado por la cavidad torácica interesando los pulmones y causándole la muerte. El pueblo no dijo nada; pero una madre lloró á raudales.

En Julio de 1837 murió en Alicante un banderillero en las astas del toro.

En el mismo mes, en Pozuelos, hubo una *corrida de toros* que dió por resultado tres muertos y cinco heridos de gravedad. El pueblo gozaba y aplaudía entusiasmado.

En Setiembre de 1837 un periódico de Madrid, reasumía las desgracias de aquellos días con la siguiente nota cuya lectura horripila:

TOROS.—En Covarrubias un herido mortal y varios heridos contusos.

En Navalecarnero, un herido de muerte.

En Móstoles, un herido grave.

En Arganda, un herido de muerte.

En Pozuelos, un herido de muerte.

En Aravaa, el toro echó al hombre tres veces al aire sin dejarle caer en el suelo, destrozándolo y dejándolo muerto.

En Alicante, tres heridos de consideracion.

Al leer el pueblo español esta nota que copio, unos reían, miéntras otros, encendido el rostro de vergüenza, lamentaban tanta brutalidad.

En 6 de Octubre se dió en Palma una gran *corrida*, en la cual un toro, que se resistía á salir á la plaza, mató al pastor que lo condujo.

En igual día se dió una *corrida de toretes*, en la cual uno de ellos estropeó, hasta dejarlo sin esperanzas de vida, á un espectador que bajó á la plaza.

En aquellos días hubo en Calanda una *corrida*, en la cual figuraba un novillo que, despues de haber matado á un hombre en Maella, causó varias desgracias. El pueblo auguró para este novillo un brillante porvenir.

En Junio de 1833, al separar en Andalucía los toros para las dos *corridas* que se dieron en Barcelona, murieron dos hombres y quedaron heridos otros cinco. Al verificarse la primera *corrida*, murió un picador. El pueblo celebraba las cualidades de este ganado que había dado pruebas de lo que valía.

En... Basta. Han transcurrido diez años desde la última de las terribles citas que anteceden. El que se sienta con fuerzas para continuar el relato de esa constante hecatombe, no se desanime por falta de datos; pues cada localidad española, por insignificante que sea, se los fa-

cilitará. Con los diez años transcurridos no han de faltar otras tantas víctimas.

Vino por fin el año 1871; y á la vista de una cuadrilla de niños toreadores, publiqué en un periódico de Barcelona las siguientes líneas, en las cuales se repite parte de otro escrito que con igual objeto había publicado en 1863.

"TOROS.—Nos ocuparemos por milésima vez de combatir el triste cuanto desagradable espectáculo de las *corridas de toros*, empezando por reproducir lo que dijimos en un periódico de Barcelona algunos años atrás al hacernos cargo de la concurrencia que favorecía las alboradas musicales de Euterpe y las *corridas de toros* que entónces se daban por Cúchares y comparsa. (\*)

El pueblo necesita sensaciones fuertes que le hagan olvidar la monotonía de la vida. Comer, dormir, trabajar, ó pasear por el mismo paseo siempre, por más que sea ameno; hacer lo mismo el día siguiente, y el otro, y el otro; divertirse de tal á cual manera (siempre de la misma) es sobradamente pesado. El pueblo quiere movimiento y novedad, sin importarle poco ó nada la clase de espectáculo que le llama á reunirse en tal ó cual punto; y lo mismo corre entusiasmado tras las numerosas huestes de un ejército vencedor para coronarle de laureles, como corre presuroso á presenciar la ejecución de un reo de muerte, como corre atropellado á solemnizar la entrada de un rey en alguno de sus Estados, como se disputa una localidad en el teatro para admirar y aplaudir el mérito de un artista notable, como con un furor inexplicable se promete un buen rato, si en la plaza espera ver un toro que despachurra doce caballos y envía al otro mundo al más diestro lidiador, como sucedió en Madrid en 20 de Abril de 1862 al morir *Pepete* en las astas del toro."

Al comparar los diversos afectos que inspiran los conciertos musicales y las *corridas de toros* decíamos:

"Las masas de armonía que pueblan el espacio en las funciones corales, respiran amor, esperanza, tristeza ó alegría, gloria ó patriotismo, pero siempre placer. Veamos los afectos que despierta en el corazón del espectador una *corrida de toros*.

Empieza la concurrencia escogiendo el traje de *qué se me dá á mí*, y se dirige al gran circo cuyo protagonista es un animal. Los hombres decentes se creen dispensados de las atenciones que se acostumbra guardar en la buena sociedad, y cada cual hace allí alarde de sus pulmones mientras puede. Allí nadie se descubre por nadie, ni se ruboriza el oído por expresiones mal sonantes. El objeto del espectáculo, es que la fiera sea lo más indómita posible; que corra la sangre; que se revuelquen en la arena hombres y brutos; que el toro salte la barrera, y que una vez atormen-

---

(\*) Véanse «La Prensa» de la Habana del 10 de Julio de 1863, «Metrónomo» del 26 de Setiembre de idem, y «España Musical» del 28 de Junio de 1866:

tado á puyazos, banderillas, (si no es bastante feroz se le enfurece con las de fuego) y á fuerza de cansancio y de tormento, muera de una ó más estocadas, rematándole de una puñalada traidora.—"Buen toro, esclama la concurrencia, ha matado catorce caballos."—Durante la lucha, más de un corazon sensible ha palpitado de angustia por la agonía que sufrió aquel caballo, que vendado de ojos y pisándose las tripas, se halló de nuevo frente á la fiera. La suerte del ginete suele ser indiferente á la mayoría de los espectadores, que le llenan de insultos porque no pica en regla. Sin duda lo dirá el tratado de tauromaquia, publicado por el célebre Montes, cuya ciencia no le libró de morir de resultas de una cornada.

Ya se lidió el último toro.

El semblante mustio que revelan los espectadores á la salida del gran circo, prueba la relajacion del sentimiento humano manifestado por esas señales de general descontento. Si *los toros* fueron malos á consecuencia de la mala calidad del ganado, ó de la poca habilidad de los lidiadores, el desagrado de los concurrentes es general. Si fueron buenos y se derramó sangre humana cortando el hilo de la vida al intrépido y desventurado lidiador, un sentimiento de terror se apodera del público, que se retira horrorizado del lugar en donde se consumó el sacrificio. En ambos casos se oye más de una protesta jurando no volver á pisar el local.

Por el contrario, al retirarse del salon de Euterpe, la inmensa concurrencia que diariamente invade aquellos jardines se hace un halagüeño comentario del mérito de las piezas ejecutadas."

Así nos espresábamos en 1863 al ocuparnos de las diversiones públicas de esta ciudad, que por cierto presentaban un sensible contraste. Se daban funciones musicales que, dulcificando las pasiones, ofrecían solaz y recreo á este pueblo morigerado y laborioso; y el local atestado de concurrentes, cuya buena parte era representada por el bello sexo, nos indicaba el buen gusto de que hacía alarde la buena sociedad barcelonesa: se daban *corridos de toros* á cuya vista se rompen los vínculos de humanidad, se relajan las fibras del sentimiento, se endurece el corazon y se hace alarde de un desenfreno que degrada al hombre al que se iguala con el bruto; y la plaza rebosaba de espectadores. El que por la mañana observaba el inmenso gentío que salía de los Campos Eliseos, en donde disfrutando de la fresca brisa, había recreado su inteligencia al sonido de los armoniosos ecos lanzados al viento por inteligentes músicos y cantores, esclamaba:—¡El pueblo que como este se entrega al grato solaz que ofrece la música vocal é instrumental, aprovechando la mañana de un día festivo para olvidar los sinsabores de la vida, es un pueblo culto!—El que por la tarde presenciaba el horrible espectáculo que ofrecer suele el exterior de la plaza de toros, atestado de caballos muertos, sobre cuyos restos se agitaban multitud de chiquillos cuyos piés se empapaban en la

sangre que aun brotaba de sus heridas: el que veía pasar una ó más camillas, conduciendo los lidiadores heridos al hospital erigido para consuelo de ancianos ó del pobre enfermo: el que oía las imprecaciones de la inmensa multitud que al retirarse del cruento espectáculo, apostrofaba al torpe lidiador que tal vez exhalaba su último suspiro por no haber sabido burlar la fiera del toro, decía con sobrada razon:—¡El pueblo que como este se goza en esta clase de espectáculos, en los cuales se sacrifican animales útiles al hombre, en donde se pierde el respeto á todo y á todos, en donde se hiere y se mata, en donde finalmente corre la sangre del hombre y del bruto, derramadas ambas por el bruto y el hombre, es un pueblo salvaje!

Esta peripecia, este singular contraste, ofrecía Barcelona nueve años atrás. ¿Hemos mejorado algo en nuestras costumbres durante el tiempo transcurrido? Veámoslo. (\*)

Hoy cuenta el martirologio de los toreros algunas víctimas que aumentan el número de los que sucumbieron en las astas del toro: de ese animal que vivo, está destinado á ser el poderoso auxiliar del hombre en sus faenas agrícolas, y que cuando llega á serle inútil por haber envejecido, le sirve de alimento. Algun escritor, cuyo talento envidiamos, profetizó hace poco la desaparicion de esta llamada diversion, con la significativa frase: *Los toros acabarán con los toreros*. Efectivamente, en Sevilla, en Valencia, en Málaga, en Madrid y en varios puntos de España, acontecieron en poco tiempo multitud de desgracias que, dando pasto á la gaceta, parecían predestinar para un día no lejano la estincion de esta bárbara costumbre. Sin embargo, no era así. Hoy nos vienen anunciando la organizacion de una compañía de toreros adolescentes, niños, entes incapaces de tener conciencia de lo que hacen, pues entre ellos hay uno que sólo cuenta nueve años de edad! Todos tienen su apodo correspondiente, condicion *sine qua non* para gozar de las consideraciones debidas á tan distinguido oficio. El jóven Bayoneta, puntillero de la compañía, debe estar ya versado á los nueve años de edad que cuenta, en el manejo del puñal que debe de asestar al toro para rematarle: debe saber... me ocurre preguntar: ¿Sabe la gramática? ¿Sabe los mandamientos de la ley de Dios?... Si en su menor edad no puede hacer uso de sus derechos civiles, si no está comprendido en el alistamiento militar, si está sujeto por la ley á la patria potestad hasta que transcurran diez y seis años más, ¿ante quien es responsable del uso que haga de ese puñal que en sus tiernas manos se puso tan desalentadamente?

Los apologistas del toreo, los que atribuyen la heroicidad de los hijos de España á esa fatal familiarizacion con la sangre y los despojos de las lides bárbaras de la plaza de toros, digan si eran toreros los vencedores de Lepanto, los que arrojaron los moros de Granada, los que detuvieron á

---

(\*) «Correo de Teatros», 23 de Julio de 1871.

Napoleon en los riscos de Monserrat, los que en el Callao sellaron con su sangre el triunfo de la marina española! La civilizacion de los pueblos, no reconocerá nunca por causa eficiente la barbarie ni la lucha sangrienta. La civilizacion no consiste ni puede consistir más que en la ilustracion, en el conocimiento recíproco de los derechos y los deberes, en el amor al trabajo, en el respeto debido á la virtud y al talento, ya se cobije en el dorado artesonado del opulento aristócrata, ó ya en el modesto albergue del sufrido proletario que amasa con el sudor de su frente el pan que lleva á la boca de sus afligidos hijos.

La creacion de esa compañía de jóvenes toreros, cuya edad varía de nueve á diez y seis años, es un tremendo borron que se estampa en la historia de nuestra actual generacion; es un sarcasmo horrible contra el cual protestamos cuantos conservamos el sentimiento de amor á la humanidad, y el de nuestra dignidad.

Cuando la historia se ocupe de narrar los acontecimientos políticos de la presente época; cuando cuente los sacudimientos políticos por el número de lustros que trascurren; cuando considere el desprestigio de nuestro crédito nacional, la decadencia de nuestra agricultura, la casi nulidad de nuestra industria y la paralización de nuestro comercio, el historiador se verá obligado á decir:—"Cuando en España esto sucedía, no contaba el teatro un solo actor respetable, ni un solo empleado público encanecido y constante en el cumplimiento de su deber: todo se había trastornado, todo se había creado de nuevo, inclusa una compañía de toreros con un niño de nueve años, siendo el mayor de ellos otro que contaba diez y seis!"—Página triste que leerán con indignacion y horror los que entónces palpen los tristes efectos de tanto abandono, de tanta desmoralizacion, de la criminal indiferencia con que se mira el porvenir de nuestro desgraciado pais.

Hombres eminentes se han ocupado de presentar en su horrible desnudez los males que acarrea este degradante modo de divertir al pueblo español, pero, ¿que han conseguido? Nada. El buen sentido, la humanidad, la dignidad del hombre, protestan contra las *Corridas de toros*; pero todo se estrella contra una costumbre no sólo inveterada, sino auxiliada y protegida por la aristocracia del pais, cuyas damas *nobles* han tegido coronas para los toreros, y lo que es más repugnante, moñas para los toros.

Estas hecatombes perderían su importancia si los reyes no las autorizasen con su presencia; pero ya en nuestros días hemos visto al rey don Amadeo asistir á las *Corridas de toros* en Madrid. ¡Bello modo de españolizarse! Cuando la historia señale la época en que se inauguraron monumentos de progreso y civilizacion, dirá:—"Se creó por primera vez en España y funcionó en la corte y otras capitales, una compañía de niños toreros cuya edad fluctuaba de nueve á diez y seis años, á los seis meses de ocupar el trono don Amadeo I."

La posterioridad nos hará justicia si tiene en consideracion la profecía que hacemos con el presente escrito."

Así me expresaba en 1871: ahora añado:

¿Hasta cuando ha de durar esta detestable costumbre, oprobio de la sociedad española? Al través de los siglos se han fundado establecimientos de instruccion y recreo; se han abolido abusos de triste recordacion, que en los tiempos en que estaban en su apogeo eran mirados como dogmas que todos acataban, pero que al abrirse los ojos á la luz de la razon y de la dignidad del hombre, han desaparecido con el tiempo para no volver jamás.

Las costumbres, la política, al santo nombre de libertad del cual con frecuencia se ha hecho lamentable abuso, han adelantado considerablemente, pero sensible es decirlo; ni el pueblo se ha aprovechado de las ventajas del saber de sus más distinguidos hijos, ni la libertad será nunca más que un vano nombre, miéntras que el pueblo no se desprenda de los hábitos de ferocidad que adquiere presenciando esas degradantes luchas entre el hombre y la fiera.

Las discordias políticas que por desgracia agitan hace medio siglo nuestro desgraciado país, han hallado siempre en las *Corridos de toros* un poderoso auxiliar. El pueblo ha desplegado la actividad necesaria y se ha procurado recursos para pagar diez reales de entrada á la Plaza de toros, cuando exhalaba hondas quejas para pintar su estado lastimoso, su falta de medios para atender á su subsistencia. Ese mismo pueblo ha cuidado poco ó nada de la instruccion de sus hijos á quienes ha permitido ir á la Plaza de toros, á solazarse con la vista de los caballos muertos, cuyas heridas, empapadas en sangre y lodo, han pisoteado, impregnándose asquerosamente de una y otro.

El pueblo, y entiéndase que hablo con todas las clases que lo forman y que van á los toros, ha alimentado durante muchos días, en la familia, en el taller, en el bufete ó durante los entreactos de la ópera, ha alimentado, digo, la conversacion, comentando el mérito del picador A., ó la torpeza del banderillero B. Con esta clase de conversaciones y recordando la algazara y el desórden de la plaza, la exigencia ejercitada para que la autoridad conceda ó niegue lo que el pueblo allí reunido desea, se aprende á perder el respeto al que manda, ya sea jefe de la familia ó del taller, ó del órden público, se relaja el sentimiento del deber y se desarrolla espontáneamente el sentimiento de lo que se cree un derecho: y cuando los derechos y los deberes no marchan hermanados, la sociedad se perverte, y se halla siempre un sin número de hombres dispuestos á seguir al primero que levante una bandera contra el Gobierno.

De la Plaza de toros de Barcelona, salieron las turbas que en 1835 entregaron á las llamas la primera fábrica de vapor que ha funcionado en España, y se entregaron á la matanza de los frailes á la vez que incendiaban los conventos. En las plazas de toros es donde se reúne mayor número

de fuerza armada, no para imponer un respeto que se ha perdido, sino como una valla á los desmanes que pueden surgir y que en todos tiempos teme, con razon, la autoridad. Todavía hay más.

La multitud entregada al desenfreno de sus pasiones, cuida poco de instruirse; llega el día de ocuparse del estado político del país, llega el momento de haber de elegir sus representantes, y muchos proceden en este acto, como procedieron en la plaza de toros, á gritos, y empleando toda clase de violencias para alcanzar su bello ideal, sin atender á que concurren á una diligencia que es sin duda alguna, la más sublime y delicada que puede ejercer un ciudadano libre. Los desórdenes cometidos más de una vez en los colegios electorales, han dado lugar á represiones cuyo resultado ha sido la pérdida de la libertad. Cuando ha faltado la prudencia, cuando se ha perdido el respeto, ha entrado el desorden á ejercer su imperio; y para reprimir este desorden, se han empleado las armas, cuya mision es defender la patria de agresiones extranjeras, no el esgrimir las contra hermanos, pues tales deben considerarse los hijos de una misma nacion. Si en lugar de plazas de toros tuviésemos en España más escuelas gratuitas y la instruccion obligatoria, estaríamos más cerca de la libertad verdadera, por la cual suspira el pueblo español.

El ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos, cuya vida fué un espejo de virtud y él un modelo de servidores del Estado, dejó consignado en sus obras lo perjudiciales que han sido, son y serán las *corridas de toros* para los pueblos que, como España, se entreguen á tan repugnante espectáculo: en su modesto retiro y cuando sufría los terribles efectos del odio que para gloria suya mereció del favorito Godoy, puso la primera piedra del edificio donde se estableció el Instituto Asturiano: hasta exhalar el postrer suspiro, trabajó aquel ilustre patricio, para desterrar de España las funestas *corridas de toros*, á la vez que se dedicaba á erigir templos á la ilustracion de sus conciudadanos. ¡Gloria eterna á su respetable nombre!

Si bien es verdad que las *corridas de toros* en España son antiquísimas, tambien es verdad que es antigua la crítica que los extranjeros han hecho de ellas. Un viajero flamenco que vió en Madrid la fiesta de San Isidro en el año 1655, al ocuparse de la *corrida de toros*, dijo:—"que en todo aquel aparato de diversion pública, reinaba cierta crueldad inveterada, que vino de Africa á España, pero que no volvió á ella con los sarracenos."

Recientemente nos hicimos dignos de una crítica cruel, pero muy motivada. En 1867 se celebró en Paris una exposicion universal. Todas las naciones se apresuraron á llevar allí los productos de su riqueza agrícola, industrial, artística, etc., etc. Verdadero barómetro de la importancia de cada nacion respectiva, cada seccion daba una idea aproximada de la inteligencia de los diversos puntos del globo, á la vez que vergonzosamente se notaba el atraso de aquellas naciones que, rezagadas en la vía del progreso, representaban un papel secundario. Rubor causa decirlo;

péro España era de las de esta clase; y lo era tanto más, cuanto parecía que á propósito se le había hecho representar un triste papel. Un ilustre hombre de Estado, que acompañaba á un príncipe á recorrer aquellas galerías, al pasar por delante de la seccion española, cobijada bajo el pabellon que en Lepanto, en Pavía, en Otumba y en Tetuan fué la admiracion del mundo, dijo:

—*Voici les espagnols, toujours avec leurs taureaux.*—No le faltaba razon. Entre los productos españoles que allí figuraban, se ballaba la cabeza de un toro perfectamente disecada, rodeada de picas, banderillas, espadas etc., y un gran letrero que decía:

—“Toro tal, lidiado en la plaza de Madrid el día tantos, que mató tantos caballos, y fué rematado de una buena recibiendo por el Gordito”—Leyeron el letrero, cambiaron una sonrisa de inteligencia, y siguieron sin detenerse á contemplar algunas de las muestras de aplicacion que la seccion española contenía. Es de sentir que la comision nombrada por Su Majestad para exponer en Paris los productos de la inteligencia, se allanase á ceder el puesto que ocupaba un animal sacrificado, cuyo mérito consistía en haber matado muchos caballos, que hubieran podido, lo mismo que él, ser á su vez útiles al hombre en beneficio de la agricultura.

Otros actos, á cual más repugnantes, faltan por revelar, para que se vea con que ligereza se procede al tratarse de toros en este país.

En 29 de Abril de 1867 se organizó en Barcelona una corrida de toretes por algunos señores oficiales del ejército, de acuerdo con varias familias distinguidas, y en favor de las Casas de beneficencia. Cada toro fué presidido por una señorita que, nombrada por la comision, había no sólo aceptado tan *honorífico* cargo, sino que había cuidado de la confeccion de la moña que adornaba el testuz del toro que le tocaba presidir. Es de lamentar que las delicadas señoritas y sus buenos padres condescendiesen en admitir un puesto de honor, presidiendo actos que llevan en sí la escuela de la ferocidad y la barbarie, puesto que se trataba de una clase de espectáculos anatematizada por el buen sentido y la ilustracion.

El Abate Caracciolo, Mad. de Sevigné, Castro Serrano, Aimé Martin, Trueba y cuantos se han ocupado en formar el corazon de la mujer por medio de la lectura, no concibieron jamás que un día había de verse á una modesta doncella española de la buena sociedad, presidiendo una *corrida de toros*. Por más que muchos nos resistiéramos á este acto repugnante, nuestros esfuerzos hubieran sido inútiles si hubiésemos tratado de impedirlo. Ahora, nuestro deber nos obliga á consignarlo, á la vez que nuestra conciencia nos incita á protestar contra un acto que reprobamos, abstraccion hecha del respeto que nos merecen las señoritas presidentas y la caritativa intencion que las guió al aceptar aquel cargo.

(Concluirá.)